

Capítulo 363

Batalla a Muerte

Abaddon apenas tuvo un momento para procesar las palabras de Hel, antes de que un tornado literal se formara frente a él.

Un embudo de almas verdes y tenues descendió sobre Hel, envolviendo su figura en puro poder.

Interiormente, Abaddon chasqueó los dientes, en señal de frustración.

Pensó que finalmente había cerrado la brecha entre él y Hel, pero ella había hecho que todos sus esfuerzos fueran inútiles.

Su oponente no sólo igualó su aumento de poder, sino que lo superó.

En ese momento, la energía que emanaba de ella era tan terrible que hizo que Abaddon quisiera reír absurdamente.

Aún así, debía derribarla de todos modos.

Abaddon se elevó por los aires con sus enormes alas negras.

Al aflojar el sello de su alma, Abaddon obtuvo acceso al 4% de su poder divino que era capaz de aprovechar, e iluminó el cielo negro como un sol dorado ardiente.

En el suelo, el ceño fruncido de Hel se profundizó, mientras apretaba su arma con fuerza.

Según la métrica más cercana posible, ella y Abaddon ahora estaban completamente empatados.

La terrible cantidad de energía que ambos habían acumulado, era tanta que literalmente resultaba asfixiante estar cerca de ellos, y el aire había comenzado a vibrar bajo su terrible poder.

"Qué monstruo tan impío eres... ni siquiera mis hermanos son tan desconcertantes como tú".

"Elogiarme no prolongará tu vida".

"¡Bastardo arrogante!"

—¡Qué insulto más grave! —resopló Abaddon.

¡Fue el dragón más humilde y realista que jamás había existido!



¡Referirse a él de cualquier otra manera sería arrojar barro sobre su carácter!

Hel tuvo que reprimir un escalofrío, cuando el gran ojo inquietante dentro del pecho del dragón se abrió de repente.

Como diosa de la muerte y hermana de dos seres centrados en el Ragnarok, se creía inmune al miedo, en cualquier forma en que pudiera presentarse.

Sin embargo, mientras miraba fijamente el enorme ojo de reptil dentro del pecho de Abaddon, finalmente se dio cuenta de lo que era realmente el verdadero miedo.

Mirarlo fijamente era conocer la verdadera desesperación, que echaba raíces en los mismos huesos.

Sin embargo, pronto se daría cuenta de que este óculo no era simplemente un adorno.

De repente, sintió que una enorme cantidad de poder comenzaba a acumularse dentro del pecho de su adversario.

Los pelos de la nuca de Hel se erizaron, como una flecha, mientras observaba no solo que el ojo en su pecho comenzaba a brillar, sino también los de sus alas.

'Ocho caminos hacia la aniquilación: Gamma.'

Todo sonido dentro del dominio parecía haber sido cortado, cuando catorce rayos de terrible energía destructiva abandonaron las alas y el ojo de Abaddon.

Hel sólo tuvo un momento para quedarse atónita, antes de entrar rápidamente en acción.

"¡Soy una diosa, tonto! ¡No estás lo suficientemente calificado para amenazarme!"

El tornado verde que había estado envolviendo a Hel todo este tiempo finalmente sería utilizado.

Manipulando la legión de almas muertas, las moldeó, convirtiéndolas en un enorme caballero que sostenía una espada y un escudo de color verde brillante.

Sin esperar la inminente colisión, el caballero blandió su espada para combatir todos los brillantes rayos de poder rojo que venían directamente hacia él.

Las dos grandes potencias chocaron, seguido por un estallido de luz blanca.

Por un tiempo, lo único que se podía ver, oír y sentir era la nada.



Fue un poco como si el dominio de Helheim no tuviera idea de cómo procesar el daño de tal ataque.

Pero tan pronto como se dio cuenta, se desató el caos.

El término "explosión" parecía insuficiente para describir adecuadamente lo que ocurrió.

La reacción producida fue tan volátil que fue más que suficiente para hacer que una bomba nuclear pareciera un juguete de baño para niños en comparación.

Sólo el mero sonido fue suficiente para destruir los cerebros de los mortales vivos; la onda expansiva fue tan terrible que diezmó estas tierras de muerte hasta donde alcanzaba la vista.

Hel fue arrojada hacia atrás por el poder que surgió de la colisión de sus poderes y los de Abaddon.

Su armadura resultó terriblemente dañada; dejando al descubierto partes de las dos mitades diferentes de su cuerpo debajo de ella.

Mientras se apartaba el cabello plateado alborotado por el viento de los ojos, miró a su alrededor para vigilar los daños.

Y cuando lo hizo... quiso quedarse con la mandíbula abierta de tanto absurdo.

Su reino fue destruido casi por completo.

Si bien Helheim, nunca iba a ser el principal destino turístico de nadie, ni ganar un concurso de belleza, era una gran mejora en comparación con este páramo que ahora tenía frente a ella.

La mejor manera de describir la escena sería decir que era similar a una tierra de escombros negros.

¿La ciudad de Hel? Ha desaparecido.

¿Su mansión? Había pedazos de ella por todos lados.

¿Los ríos helados de Slidr y Gjoll? Sus aguas se habían desplazado hacia el cielo y ahora volvían a caer sobre la tierra, como una ligera niebla.

Liberándose de su estupor, Hel miró hacia el cielo, para examinar la condición de Abaddon.

El siniestro dragón negro sufría algunas marcas de quemaduras a lo largo de sus enormes alas; casi como si las hubiera usado para recibir el impacto de la explosión.





Sus miradas se cruzaron en el aire y quedó claro de inmediato que ninguno de los dos había terminado.

Resignándose a llevar esto a cabo, Hel voló por los aires y apretó su control sobre Hambruna.

La temperatura a su alrededor comenzó a bajar drásticamente, mientras enormes columnas puntiagudas de hielo negro rodeaban su figura.

Ella disparó cada una de las columnas hacia la enorme figura escamosa de Abaddon, mientras hacía varios cortes en el aire con su cuchillo.

"¡Muere!"

El dragón respondió a sus proyectiles con los suyos, y ambos iluminaron el cielo oscuro con un espectáculo de fuegos artificiales de un poder incomparable.

Este tumultuoso ir y venir continuó durante una eternidad.

Como los dos estaban completamente empatados, hasta el grado mensurable más cercano, ninguno de ellos era capaz de obtener una ventaja perceptible sobre el otro.

Y como el pozo de poder que ambos poseían parecía literalmente no tener fondo, podrían haber realizado esta danza de la muerte por una eternidad, si así lo hubieran deseado.

Si nada cambiaba pronto, quedarían atrapados en una lucha constante; hasta que llegara el momento en que Abaddon alcanzara el límite de tiempo en el uso de sus poderes divinos; señalando la victoria de Hel.

Algo tenía que cambiar antes de que fuera demasiado tarde.

Abaddon sostuvo una enorme hacha de batalla negra y roja en una mano y la bajó sobre la pequeña Hel.

Aunque la diferencia de tamaño entre ambos, era como la de un rascacielos y un coche aparcado, la diosa de la muerte no tuvo problemas en levantar su cuchillo para atrapar su enorme golpe.

Aunque su cuerpo temblaba por el impacto, permaneció firme contra él.

Es cierto que ver a una mujer que no era ni una décima parte de su tamaño enfrentarse a él hirió un poco el orgullo de Abaddon.

Dejó escapar un rugido odioso, que hizo sangrar los oídos de Hel, mientras se enfurecía internamente.

'¡Esto es absurdo! ¡No tengo más paciencia que perder con esta mujer!'





Mientras Abaddon se sentía cada vez más frustrado, escuchó dos voces dulces y familiares dentro de su mente.

'Cariño~'

'Has estado haciendo un gran lío en este dominio, ¿lo sabes?'

—¿Seras? ¿Audrina? ¿Habeis encontrado a nuestro hijo? —preguntó.

«Por supuesto que sí, querido esposo.»

'Conocerás a nuestro querido Belloc dentro de siete días. Pero por ahora, le envía a su papá un regalo de bienvenida. ¿No tienes suerte?'

Incluso con su enorme cuerpo, Abaddon pudo notar inmediatamente que una mano pequeña y muy familiar acababa de ser colocada en su espalda, entre sus alas.

Una sensación muy cálida y vigorizante se transmitió a cada célula de su ser.

Justo ante los ojos de Hel, Abaddon mudó su piel.

Su vieja piel se desprendió de su cuerpo por sí sola, cayendo al suelo en ruinas debajo de su cola.

En el tiempo que le toma a uno parpadear, Abaddon había crecido significativamente, de 95 metros a unos impresionantes 150.

Una sexta cabeza creció, aumentando así su apariencia mítica y aterradora.

Instintivamente, Hel retrocedió, sin siquiera notar que lo había hecho.

Aunque ella y Abaddon habían estado a mano desde hacía bastante tiempo, ese ya no era el caso.

Su último aumento de poder lo había colocado por encima de ella en términos de habilidad y potencia bruta.

Fue tal la estupidez que ella no supo como reaccionar, salvo reír.

"¿De dónde podría haber sacado esta fuente de poder? Un ser como este hace que las conjeturas sean tan innecesariamente tediosas que me siento tentada a preguntarle yo misma... espera".

Brevemente, Hel recordó los verdaderos orígenes de Abaddon y las identidades de sus llamados fragmentos.

Al expandir sus sentidos solo un poco, pudo sentir que faltaba algo muy importante en su reino.





—Pero ¿cómo lo hizo? ¡No me lo he quitado de la vista en todo este tiempo! — se lamentó.

Abaddon dejó escapar otro rugido horrible, que parecía provenir de su desbordante poder.

Aunque Hel se creía fuerte, esto la hacía sentir como si fuera otra vez una niña, que quería desesperadamente ponerse a cubierto y esconderse.

Pero entonces, un arco de luz dorada descendió sobre el suelo, justo frente a ella, y sintió una renovada chispa de esperanza brillar más brillante que nunca.

Un hombre apareció de la columna de luz dorada.

Vestía una túnica blanca plateada, del mismo color que su cabello y su barba, y estaba sentado sobre el lomo de un caballo de ocho patas.

Sobre su hombro había dos cuervos negros, cada uno de los cuales parecía nada menos que de otro mundo.

Le faltaba el ojo izquierdo y estaba cubierto por un monóculo dorado.

Toda su presencia irradiaba un aura de divinidad y sabiduría.

Los ojos de Abaddon se entrecerraron, mientras miraba al anciano intruso.

—¿Quién es ese, amado? —preguntó Audrina.

'La Deidad principal de los dioses nórdicos... Odín, el Padre Todo.'

